

EXILIO, *memoria personal y memoria histórica.*

*El hispanismo francés
de raíz española
en el S. XX*

Bibliothèque ibérique

Ricardo García Cárcel
y
Eliseo Serrano Martín

EDITOBES

BU DE BORDEAUX



OBX10055101

COLECCIÓN

de LETRAS

INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»

EL HISPANISMO FRANCÉS
Y LAS RELACIONES HISPANO-FRANCESAS

Ricardo García Cárcel

legislaciones y costumbres casi como provincias. Que no había espíritu público...»). Los sueños regeneracionistas podrían verse cumplidos. La verdad es que los afrancesados jamás plantearon una concesión territorial de España a Francia y practicaron una política de nacionalismo cultural notable. Promocionó el valor de la pintura española en el extranjero. Se reedificó y terminó el palacio de Carlos V en Granada. Se planificó un panteón de hombres ilustres en el Real de Madrid. Se descubrió el sepulcro de Arias Montano. Se apoyó el teatro colocando bustos de Calderón, Lope, Moreto y Guillén de Castro en los escenarios madrileños. Moratín jugó en ese sentido un buen papel. Significativamente él mismo apuntaba «una extraordinaria revolución va a mejorar la existencia de la monarquía, estableciéndola sobre los sólidos cimientos de la razón, de la justicia y del poder». Algunos afrancesados se definían a sí mismos como el «partido de la paz» frente a los promotores de la guerra en el campo patriótico. A todos ellos, en cualquier caso, les angustió la imprevisibilidad del futuro que consideraron como Mazanedo que «debían ceder a una necesidad inevitable». La necesidad que imponía una nueva monarquía que había sido legitimada por los propios reyes borbónicos en Bayona. Naturalmente, todo el funcionariado se inscribiría en este principio de la «obligación debida» mandando quien mande.

La tipología de los afrancesados es compleja. Juretske dividió a los afrancesados entre afrancesados ideológicos, propiamente dichos, colaboracionistas activos y colaboracionistas pasivos o sumisos. Hocquelllet los ha clasificado entre colaboracionistas políticos, colaboracionistas administrativos y simplemente pasivos funcionarios. Pero la tipología que podría hacerse es mucho más variada en función de la infinidad de factores que influyen en su alineamiento: conservadores como Sempere y Guarinos y progresistas como Llorente, precoces y tardíos (desde la toma de Bonaparte de Andalucía en 1810, con los Lista, Sotelo, Miñano, Saavedra o Reinoso), centralistas como el vasco Urquijo y anticatalanistas como el también vasco Yandiola...

Patriotismo también fue muy heterogéneo. Desde intelectuales post-ilustrados como Jovellanos o románticos como Arana a guerrilleros ultramontanos. La frontera entre patriotismo y afrancesamiento fue muy sutil. Hubo ex afrancesados que jugaron una baza importante en las Cortes de Cádiz como Ranz Romanillos, Lardizábal o Saavedra. El eclecticismo fue abundante. Goya en el cuadro *Alegoría de la ciudad de Madrid*, sitúa en un medallón el retrato de José I, la palabra Constitución y el retrato de Fernando VII. La guerra contra los franceses, como ha dicho Dufour, más que la rebelión de los españoles contra el ocupante francés, fue la revuelta del pueblo español contra un ocupante tolerado (por indiferencia, miedo o interés) por las clases pudientes. Más que una explosión de patriotismo, fue una manera de hacerse cargo de una soberanía nacional a la que habían renunciado los jefes naturales que eran los reyes y la nobleza.

trayectoria del hispanismo

Es difícil establecer el comienzo del hispanismo, diferenciándolo de la hispanomanía de los «hispanisant». La Carmen de Mérimée (1845) abriría paso a la fascinación romántica francesa por España. Pero como demostró Carlos Serrano, Mérimée no inventó Carmen. Estaba ya, al menos, en el siglo XVIII presente a través del complejo de superioridad francés sobre España.

El hispanismo romántico del siglo XIX empieza con la invasión de Napoleón. Bonaparte, de manera sincera o fingida, se presentó a sí mismo como el regeneracionista paternalista que tenía que salvar a la sociedad española de la intolerancia clericalismo y de sus propios gobernantes. Algo en lo que coincidía con algunos viajeros ingleses prerrománticos como Burke y con los políticos ingleses como lord Holland. El propio nacionalismo español resistente a la invasión francesa propiamente acabó de asentar en Francia el mito de la España indomable que se niega al progreso en nombre de sus propios valores católicos tradicionales. La visión sobre España

estará teñida de la memoria francesa de la guerra con todos sus honores que recordaron franceses de ideologías muy diferentes (Stendhal, Chateaubriand, Hugo, Gautier...).

Ciertamente, la España pintoresca y exótica, su consideración como país atrasado; con un ápice de africanidad, la cultura singular, con un «buen pueblo» rudo y primitivo, pero heroico y auténtico, sediento de independencia y secularmente maltratado por sus gobernantes, estuvo muy presente en el imaginario europeo del momento. Pronto, los franceses remplazarían a los inquisidores por los bandoleros y toreros. Y surgió Carmen, atractiva y sensual, peligrosa por su arcaica inclinación a la pasión. En palabras de Mérimée Carmen era «enloquecidamente independiente, una criatura promiscua e indomable». Mérimée hizo siete viajes por la Península entre 1830 y 1864. Siempre admiró la España «pura, salvaje y romántica» en el mismo grado que despreció los primeros signos de movimiento industrial. Por eso siempre le gustó mucho más Madrid que Barcelona.

Las corrientes católicas intransigentes encontraron en España una reserva espiritual y admiraron la adhesión hispana a la tradición y la religión. Los liberales vieron en ella la nación insurreccional de 1808 y la Constitución de Cádiz. Como ha señalado Jean-Pierre Amaric, no hay Pirineos en el siglo XIX. Las convergencias entre liberales y conservadores de ambos lados son bien patentes. Luis Felipe apoyó a los gobiernos liberales de la España de la regente María Cristina y Napoleón I se casará con Eugenia de Montijo, lo que supondrá un respaldo francés a la monarquía de Isabel II hasta su caída en 1868. El muy distinto nivel de desarrollo económico en España y Francia generará la dicotomía del tipo francés, culto, educado y presumido frente al español, tosco, hambriento y colérico. La periferización y subordinación de España a Europa es un hecho que condiciona la trayectoria del hispanismo.●

Los viajeros europeos abundan en el siglo XIX. Los Gautier, Devillier, Georges Sand o Mérimée son los mejores testimonios de la imagen que de España tomaron los viajeros franceses.

Hugo se ha esforzado en subrayar que estos escritores no tuvieron una visión frívola de España, pese a las críticas que en su momento hicieron españoles como Mesonero Romanos o los hermanos de los Herrereros. No hubo la ligereza que se le ha atribuido a Gautier o Mérimée. Ambos pretenden huir del folclore no fácil. No es la España turística, de pacotilla, la que tiene que ser asimilada, según Schaub¹¹.

De todos los románticos franceses, el que más simpatía le tiene a España es Víctor Hugo, hijo de un general del ejército de Bonaparte. Su hermano Abel fue el editor en francés del periódico español en 1822. Ni en Prosper Mérimée, en Chateaubriand, ni en Dumas, detrás de su romanticismo hay auténtico amor por España. Se promocionó básicamente Andalucía como sinónimo de lo español. Para ellos, España es África. Y ello se nota en el interés por el tema morisco de las novelas de Chateaubriand, desde su *Gonzalo de Córdoba* al *Abencerraje*, con el mundo mítico del orientalismo y el relanzamiento del Cid por Gautier, el propio Hugo, Leconte de Lisle o Barbey, todos ellos buenos indicadores de esta concepción africana de España.

Literatura e historia van muy juntas, demasiado juntas. Las obras de Víctor Hugo (*Hernani*, 1830; *Ruy Blas*, 1837; *Torquemada*, 1882) son paralelas a la gran generación de la historiografía romántica francesa de los Guizot, Michelet, Thierry o Fustel de Coulanges. La Inquisición continúa siendo un referente obsesivo y ahí están como testimonio las obras literarias de De Maistre, Mérimée, Villiers de l'Isle Adams o Hugo. Felipe II será objeto de interés de obras literarias como la del belga Charles de Coster (*Legende de l'Uenspiegel*, 1867). Etienne de Jouy (1809) compondrá el libreto de la ópera *Fernand Cortés* o *la Conquête de Méxique*, del músico italiano Spontini y el director de la ópera en Francia promocionó las obras sobre tema español, atrayendo a múltiples actores españoles a media-

¹¹ J. F. SCHAUB, *Op. cit.*, pp. 38-39.

dos del siglo XIX. Quinet visitará España y ayudaría a la promoción del Teatro Real en 1850, para 2.000 espectadores¹².

La bipolaridad ideológica respecto a España es bien visible. Chasles admirará a España desde postulados ideológicos reaccionarios. Quinet se interesará por España en la que considerará la clave del jesuitismo que él abomina. Stendhal, desde perspectivas liberales, Chautebriand, desde la óptica conservadora, coincidirán en su fascinación por la España africana.

Thiers intentará que interese Francia en España para que los liberales pudieran ganar su guerra contra los carlistas. Pero la buena intención liberal contrastaba con una visión arquetípica de la historia de España, demasiado condicionada por el afán de recomponer la propia historia de Francia en clave liberal, conociendo el pasado de quienes habían sido los principales enemigos de Francia. Los estereotipos de la decadencia, africanidad o arabismo, tiranía del clero regular, reyes primitivos, honor y heroísmo, violencia pasional... están muy presentes y entrarán en frecuente contradicción con el voluntarismo paternalista liberal.

Pero no todo el romanticismo deforma la realidad. A destacar, la figura de Charles Romey que sobresale sobre todos los hispanizantes de su generación, la de la monarquía de Luis Felipe. Entre ellos hay que citar a Mignet con su estudio sobre *Antonio Pérez y Felipe II (1850)*, Prosper Mérimée con su estudio sobre *Pedro I de Castilla (1848)*, Saint Hilaire que publicó una *Historia de España (1837)*, cuyos catorce volúmenes no se completarían hasta 1879); Duhamel también con una historia constitucional de España (1845, traducida al español en 1846) y una historia de los comuneros de Castilla (1842). Romey, por su parte, llevó a cabo una *Historia de España (1835)*, en diez volúmenes, que intenta ser una historia positivista, con abundante manejo de fuentes, sobre todo la obra de Mariana a la que critica duramente. Esta obra sería traducida al

¹² M. BOIXAREU y R. LEFERE (coord.). *Op. cit.*, pp. 513-555.

español por A. Bergnes de las *Ediciones de la Época Medieval*, por José Mor de *Ante*¹³.

Se traducen en el siglo XIX *Quijote (Damas-Hinard)*, las *Novelas Ejemplares (Viardot)*, *Don Quijote de la Mancha (Puibusque)* o *La Celestina (Lavigne)*. Mme. de *La Fayette* se convertirá en gran propagandista de la literatura española.

El llamado hispanismo científico o institucional estará muy marcado por el patronazgo de Morel-Fatio hasta su muerte en 1924. Se trata de un hispanismo más leído que vivido, de gran intensidad emocional. Será el gran momento de la profesionalización universitaria y las rupturas internas (sobre todo la de Morel-Fatio con Foulché-Delbosc) y, de ahí, el nacionalismo francés se dejará ver en las presiones ejercidas sobre España para forzar su intervención en la primera guerra mundial. La intelectualidad española se manifestará muy dividida ante el hispanismo. Los hispanistas franceses contarán con el apoyo de Menéndez Pelayo o Rodríguez Villa pero recibieron el rechazo de Vicente de la Fuente, Amador de los Ríos y más tarde Baroja o Benavente.

La palabra hispanista la aplicó por primera vez Morel-Fatio en 1879 para diferenciar al hispanista científico del hispanizante romántico. Sus dos grandes obras fueron *L'Espagne au XVI et au XVII siècles (1878)* y *Études sur l'Espagne (1888)* donde coleccionaba documentos históricos y literarios sin permitirle en ningún momento la tentación de la interpretación. El patronazgo de Morel-Fatio fue enorme. Profesor en la Escuela Práctica de Altos Estudios, durante cuarenta años hasta su muerte en 1924, fue también profesor del College de Francia y miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. En 1886 se creó en Toulouse la primera cátedra de lengua y literatura española que ocupó Ernest Mérimée —primo de Prosper, el autor de Carmen—, estudioso de Quevedo. El hijo de Ernest, Henri Mérimée será el maestro de Bataillon.

¹³ M. ESTEBAN, «La historia de España de Romey y su recepción en la historiografía española», en J. AYMES y M. ESTEBAN, *Francia en España. España en Francia. La historia de la relación cultural hispano-francesa (XVI-XIX)*, Salamanca, 2003, pp. 93-126.

En 1899 se creaba la *agrégation* de español que desde el primer momento estuvo controlada por Morel-Fatio y Mérimée. Burdeos en 1898 y Montpellier en 1900, siguiendo las pautas de Toulouse tuvieron también cátedra de estudios hispánicos en París en 1906. De la escuela de Morel-Fatio, destacan Cirot con su tesis doctoral dedicada a Mariana; Pages, con una tesis sobre Ausias March; Barrau-Dihigo, estudioso del reino de Asturias; Foulché-Delbosc, pronto enfrentado a su maestro, estudioso de *La Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza y fundador de la *Revue Hispanique* y promotor de la *Collection Hispanique*.

La *Revue Hispanique* fundada en 1894 y el *Bulletin Hispanique* fundado en 1899 por Radet, Cirot, Paris e Imbart de la Tour fueron los dos grandes órganos del hispanismo francés, el primero más autónomo y el segundo más «oficialista», apoyados respectivamente desde España por Bonilla y Menéndez Pelayo. En la *Revue Hispanique* colaboraron Paseaux-Richard, Barrau-Dihigo, Rouanet, Desdevises de Dezert, especialista del siglo XVIII, Coster —especialista en Herrera y Gracián— y muchos hispanistas extranjeros como Fitzmaurice Kelly, Farinelli, Krappe... Esta revista fue subvencionada por el magnate americano Huntington que fue el fundador en 1904 de la Hispanic Society of America. La revista desaparecerá en 1929 a la muerte de Foulché Delbosc¹⁴.

La revista *Bulletin Hispanique* contó con los artículos de Morel-Fatio, Mérimée, Cirot, Ducamin y los historiadores medievalistas Imbart de la Tour, Boissonade, Dufourcq y Calmette y desde luego, la mayor parte de los filósofos e historiadores españoles, salvo Menéndez Pelayo que colaboró en cambio con la *Revue Hispanique*. Detrás de esta ofensiva cultural, ciertamente, había todo un programa de entente cultural hispano-francesa. En 1909 se creaba la Escuela de Altos Estudios Hispánicos y el Instituto Francés de Madrid.

¹⁴ A. NIÑO, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España*. 1875-1931. Madrid, 1988; B. PELLISTRANDI, *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, 2002.

La historiografía francesa en los años de la primera guerra mundial colaborará en el intento de romper la neutralidad española.

La obra de Morel-Fatio tendrá muchos continuadores. Los que, a la postre, destacan más son Jean Mérimée, profesor en Toulouse y fundador con Pierre Paris del Instituto Francés en Madrid, autor de múltiples ediciones críticas (la más famosa la de Guillén de Castro) y un estudio sobre Quevedo; su hijo, Henri, profesor en Montpellier y Toulouse, estudioso de la literatura dramática en Valencia; Pierre Paris, director del *Bulletin Hispanique* desde 1889 y primer director de la Casa de Velázquez de Madrid. Foulché-Delbosc que estudió el cancionero castellano del siglo XVI; Barrau-Dihigo, estudioso de las crónicas medievales; Martinenche... La mayor parte de hispanistas de esta generación procede de la filología como Morel-Fatio.

A comienzos del siglo XX la influencia cultural española reduce su presencia en Francia. No puede negar la importancia de la inspiración neocatólica, Claudel, la preferencia de Paul Valery por Góngora, la amistad de Jean Cassou y Miguel de Unamuno o el compromiso de Bernanos..., pero la hispanomanía ha bajado muchos enteros. El 98 español o las reflexiones críticas de Ortega no tuvieron gran incidencia en Francia. Las evocaciones literarias de España afectan poco a la reflexión histórica especializada.

Continuará la fractura ideológica heredada del siglo XIX que sobre todo se va a reflejar en la dura prueba de los años treinta. A un lado, el hispanismo metafísico, heredado de De Maistre y Maurras, que tendrá en Legendre (director de la Casa de Velázquez) su mejor representante. Al otro, el hispanismo liberal, más leído que vivido, con Jataillon a la cabeza (nacido en 1895 y agregado de español desde 1920).

Después de la primera guerra mundial, se institucionalizaron los contactos creando comités permanentes hispano-franceses y encuentros periódicos (la *Semana Española* de 1919 y la *Semana Francesa* de 1920). Pese a la evidente francofilia de la mayoría de los intelectuales españoles (Azaña, Altamira, Me-

nández Pidal, Castro), la aproximación cultural franco-española no prosperó excesivamente aunque hubo logros tan positivos como la creación de la Casa de Velázquez en Madrid en 1928. El pensamiento católico conservador español siempre tuvo sus reservas ante el hispanismo francés, temiendo todavía los viejos fantasmas de las presuntas tentaciones liberales francesas. La obra de Bataillon marcó un giro radical al situar a España en el escenario más avanzado de la cultura progresista europea del siglo XVI: el erasmismo. Su obra sirvió para desacomplejar a España de sus relaciones con la Europa liberal. Fueron sólo factores políticos coyunturales (el viraje de Felipe II) los que provocan la pérdida del tren liberal europeo y no ninguna incapacidad estructural. Se enterró el mito de la excepcionalidad española y se buscó integrar España en Europa. Sarrailh y su discípulo Defourneaux se dedicarán a subrayar la influencia francesa en la Ilustración española. España tendría no solo Renacimiento sino también Ilustración, en ambos casos con mucha influencia de más allá de los Pirineos.

La influencia de Braudel y la segunda generación de Anales se dejarán sentir con su empeño en situar a Felipe II en el marco geopolítico del Mediterráneo. Braudel y Chaunu serán hispanistas atípicos. No estudiaron España sino el marco general europeo. Braudel, significativamente, trabajó poco en los archivos españoles (cuatro estancias cortas en Simancas: una en 1928, otra en 1929, otra en 1951 y otra en 1959) y también fue escasa su presencia en congresos españoles. Irradió su influencia desde París (indirectamente sobre la escuela de Vicens y directamente sobre Vázquez de Prada y Ruiz Martín).

Desde los años treinta a los setenta la mayor parte de los historiadores hispanistas procederán de la *agregation* de historia y no de la filología. Solo Bataillon y Salomón fueron filólogos. La figura que tendrá un papel trascendental será Pierre Vilar, sobre todo a partir de la edición catalana de su *Catalogne* (1964). La dualidad ideológica sigue. Salomon, miembro del Partido Comunista francés, nada tiene que ver con Chaunu (aunque éste, en su juventud, también fue un hombre de iz-

quierdas). El gran referente del antifranquismo será Vilar. Son de gran proyección del hispanismo hacia América (Ricard, Chaunu, Chevalier). De los tres, el más conservador fue Ricard.

* * *

Es difícil pronunciarse sobre el hispanismo actual en un foro lleno de ilustres hispanistas de apellidos españoles. El objetivo de este encuentro es el de subrayar la trascendencia de los aportes del hispanismo francés pero sobre todo es el de proyectar la global exposición de las memorias de los hispanistas de raíces españolas, poder conocer de su propia mano la génesis de su trayectoria personal y académica, explorar los complejos rincones de las dobles identidades que en ellos están muy presentes.

En este artículo hemos insistido en la ambivalencia de los fundamentos del hispanismo: esa relación muchas veces contradictoria de la política y de la cultura en la dialéctica entre España y Francia del siglo XVI al siglo XX. Los mitos vecinales han contado mucho en el hispanismo francés. Conflicto y fascinación se han dado la mano muchas veces. La vecindad, como suele ocurrir, es una fuente de contradicciones. Pero en el caso de los hispanistas franceses de raíces españolas esa vecindad ha estado además marcada por la experiencia del exilio político o económico o ambas cosas a la vez. Los exilios españoles a Francia han sido múltiples, con toda su estela de desgarros identitarios e imaginario superpuesto a la realidad.

Todo el hispanismo debe mucho a los exiliados. El judaísmo y protestantismo español, perseguidos por la Inquisición, tuvieron en Francia su horizonte de expansión. Pero sobre todo, el exilio español se asienta en Francia desde 1789; el de los afrancesados de 1812-13, como Moratín, Lista o Reynoso, que no retornarán hasta 1820; el de los liberales de 1814, 1823 ó 1873, el de los conservadores de 1820, 1854 y 1868, el de los republicanos de 1939... La tipología de los exiliados españoles es muy variada: ricos y pobres, integrados e inasimilables, intrigantes y nostálgicos. En cualquier caso, los exiliados impregnaron con su ideología, su memoria de España, a los fran-

ceses con los que convivieron tantos años. La nostalgia de España de los exiliados marcó el hispanismo francés de los siglos XIX y XX, condicionando la pasión por España de los hispanistas. No es cierto que la distancia genere el olvido, más bien otorga a la memoria connotaciones sentimentales especiales. No siempre la memoria desde el exilio político es lúcida. Difícilmente puede ser neutral y objetiva y está demasiado hipotecada de ansiedades y de la fosilización de unos recuerdos que quedan como imágenes fijas, inmunes al paso del tiempo, implacables resistentes a asumir la evolución de la realidad. Pero tampoco la demasiada proximidad es buena para el ejercicio de la historia porque está demasiado hipotecada al presente, a las tentaciones de los poderes más cercanos. La experiencia del exilio conduce demasiadas veces a la nostalgia de las Españas que no pudieron ser. Las vivencias desde dentro del país han condicionado también demasiadas veces la vinculación a la España oficial.

Hago esta precisión para inmediatamente subrayar que la inmensa mayoría de los hispanistas franceses de raíces españolas, ya producto de exilio político, ya de la emigración económica, no se han ocupado de la historia reciente de España. De ellos sólo Bennassar ha incidido en la historia de la guerra civil, haciendo también una biografía de Franco. El hispanismo francés, en general, ha sido mucho menos contemporaneísta que el anglosajón, y ello se acusa especialmente entre los hispanistas de apellidos españoles. Dentro de la variedad de temas y de líneas de investigación, y centrándome especialmente en los hispanistas historiadores, me parece constatar en ellos algunas constantes. La primera es su sentido, mucho más jacobino que el de la mayoría de historiadores actuales españoles, de España. Específicamente, han polarizado su atención mucho más sobre Castilla-Andalucía que sobre la periferia mediterránea o atlántica. Sabido es que la Cataluña de Vilar lejos de ser una motivación para ulteriores estudios sobre Cataluña se ha convertido en un referente disuasorio, como si la historia de Cataluña estuviera ya hecha. Pero sobre todo, la influencia del mundo cultural francés, la educación republicana

de la Francia convencida que recibieron, ha condicionado una mirada sobre España menos sensible a la pluralidad que a la unidad del Estado, hasta el punto de que los hispanistas franceses han sido utilizados como gran reserva de un nacionalismo político y cultural español absolutamente a la defensiva frente a la escalada de los nacionalismos sin Estado.

La segunda, es la continuidad por el interés hacia el mundo latinoamericano que ya manifestaron sus maestros. La fascinación por la proyección española en América, libre de las hipotecas franquistas que han marcado históricamente el americanismo español, les ha permitido ahondar en problemas políticos y culturales de la realidad americana sin complejos ni prejuicios. La influencia de la tradición del propio colonialismo francés les ha permitido entender mejor el lenguaje del mercado colonial sin las inhibiciones del discurso tradicional hispanístico sobre América.

La tercera, es el aporte de la normalización histórica e historiográfica en España. En primer lugar, porque han contribuido decisivamente a enterrar los viejos mitos de la excepcionalidad o la anomalía española, combatiendo imágenes tan arraigadas como la del catastrofismo cultural derivado de la Inquisición o la presente ausencia en España de burguesía y revolución burguesa. Sus estudios cuantitativos y cualitativos sobre alfabetización o posesión del libro garantizan la plena homologación cultural de España respecto a Europa. En segundo lugar, porque con su labor han propiciado el desarrollo de una historiografía española progresivamente desacomplejada y madura que ha sabido amortizar adecuadamente las lecciones de los maestros hispanistas franceses.

Debemos mucho, efectivamente, a los historiadores franceses aquí presentes en el coloquio. Exiliados emigrados o simplemente criollos europeos, que han dedicado sus vidas al estudio histórico, filológico o artístico de un país que a la ambivalencia tradicional del hispanismo francés añaden la de su condición de almas partidas entre la consideración de España como una madre añorada, y al mismo tiempo como madrastra de penosa imagen. Los tiempos cambian y ahora,

una generación de historiadores jóvenes españoles proyecta su interés hacia Francia como objeto de sus investigaciones. De momento, sí que parece que el viejo hispanismo que algunos han llamado de «sustitución» de una historiografía española con notables limitaciones, está dando paso a un nuevo hispanismo de «colaboración» con la nueva historiografía española. Este cambio debe mucho a los hispanistas franceses aquí presentes.

BARTOLOMÉ BENNASSAR Y LA HISTORIA DE ESPAÑA

Luis Ribot (UNED)

so en el que a veces se ahoga la hermenéutica. Camino áspero que se ilumina con las lecciones de los maestros que se proyecta hacia un futuro que abrirá nuevas vías a la investigación sobre el pasado. Como diría un aragonés: «A lo augusto, por lo angosto».

EXILIO, EXILIO SUPERADO E HISPANISMO:
UNA DOBLE IDENTIDAD ASUMIDA

Augustin Redondo
(Université de la Sorbonne Nouvelle-CRES)

...ntes de evocar el exilio, con lo que ello ha supuesto, pe-
...mbién para comprender lo que ha de seguir, tal vez no
...de más delinear rápidamente los antecedentes familiares
...corresponden al período anterior. Así se entenderá mejor
...ceso de recuperación de una memoria histórica, por par-
...ta, lo que me ha conducido al hispanismo. De tal modo,
...trabajo se divide en cinco partes: 1. Los antecedentes del
...o; 2. El exilio; 3. El exilio superado: una doble identidad
...nklá; 4. Mi formación de hispanista investigador: la adquisi-
...ón de una memoria histórica; 5. De mi hispanismo al his-
...lismo francés: entre memoria personal y memoria histórica.

Los antecedentes del exilio

Yo, señores, soy de Madrid, podría decir al empezar, paro-
...ndo lo que indica Pablos, al principio del *Buscón*, refirién-
...e a la ciudad de Segovia, aunque mi linaje no tenga nada
...e ver con el del protagonista del libro picaresco, pero sí con
...región segoviana.

Mis orígenes son en efecto madrileños, del lado paterno,
...n una serie de intelectuales, ingenieros y profesores, pero
...mbién son segovianos, por parte materna, con una estirpe de
...los labradores, de esos campesinos altivos evocados por
...lquel Hernández.

Mis padres, madrileños, se habían formado en núcleos di-
...rentes. Mi padre, que había cursado la segunda enseñanza
...a el afamado Instituto San Isidro, antes de volver a él poste-
...ormente, había seguido estudios universitarios, en particular
...de derecho. Hubiera querido ser abogado y defender a los po-
...res pero, por diversas razones, especialmente de orden eco-

nómico, no fue posible, de modo que vino a ser profesor. En la madre, de niña todavía, había ido a Francia, donde residía en la entonces parte de su familia, y había gozado de sólidos estudios en el país galo de manera que, cuando regresó a la Ciudad de Oso y del Madroño, unos cuantos años después, dominaba perfectamente el francés. Se casaron y se dedicaron a la enseñanza. Yo nací poco antes del principio de la guerra civil.

En la familia paterna, la tradición republicana, con preocupaciones sociales, había arraigado desde hacía tiempo, de modo que mis padres se adhirieron en seguida a la República y apoyaron los esfuerzos emprendidos para contrarrestar la subida del fascismo.

Durante la guerra civil, mi padre combatió en el ejército republicano (vino a ser capitán de ingenieros) y mi madre trabajó en el Ministerio de Educación.

Al triunfar el franquismo, mi padre y mi abuelo paterno lograron tomar el último barco que salió de Alicante, antes de la matanza de los republicanos en la playa alicantina. Fueron enviados a Argelia. Se les internó en el campo de concentración de Colomb-Béchar y llevaron, con sus compañeros refugiados una vida muy dura, aguantando temperaturas extremadas, alimentándose muy poco y trabajando mucho, en particular como peones en la construcción del ferrocarril entre Bouarfa y Colomb-Béchar. A consecuencia de ello, mi abuelo y mi padre cayeron enfermos de gravedad, muriendo rápidamente mi abuelo mientras mi padre tuvo entonces, y siguió teniendo durante el resto de su existencia, serios problemas pulmonares que le acortaron la vida.

Mi madre, que había regresado a Madrid porque yo me había quedado en la capital y además estaba encinta de mi hermano, fue denunciada y la buscó activamente la policía franquista. Tuvo que esconderse, en pisos diferentes, ayudada por unos amigos, pasando mucha hambre y viviendo angustiada. Me contó más tarde que, cuando ella me decía: «Hijo, no puedo darte más que este trozo de pan», yo le contestaba: «¡Y ojalá no falte!». Después de haber dado a luz, se las arregló para

ganar rápidamente su paso a Francia, donde representaba.

El exilio

Después de pasar por Figueras, el día 15 de septiembre de 1939, ella me abrazó y con otro —yo— que todavía abandonándonos el guía antes de salir después de mucho caminar, de exasperación y de estar a punto de caer en la cuenta, cuando ya estábamos agotadísimo, al anochecer, las luces de un avión. Lo alcanzamos a duras penas y nos llevaron a Francia. Nos socorrieron en seguida y me mi madre se expresaba perfectamente.

Pudimos conectar con unos primos que nos reclamaron. Gracias a ellos, llegamos a un pueblo de España que sería nuestro futuro inmediato. Las autoridades nos ponernos en la cárcel antes de ir al campo de concentración, en uno de los campos internados Antonio Machado, para devolvernos luego a España.

No dejábamos de ser esos «españoles» que León Felipe evocaba en 1939, víctimas de este trauma.

No obstante, gracias al dominio del francés por mi madre y al apoyo de su familia (gracias a la solidaridad familiar), que le permitieron vender en una panadería importada de su país, nada pasó, aunque la espada de Damocles estaba encima de nuestras cabezas durante

Yo perdí rápidamente el uso del castellano, pues no conocían sino el francés, por lo que aprendí en seguida este idioma, que me sirvió también porque, aunque niño, bien n

tuación y no comprendía por qué causa había tenido que huir de España, por qué querían matar a mi padre y tal vez a mi madre, cuando ellos no habían hecho nada mal ni perjudicado a nadie, al defender el gobierno republicano, el único que fuera legal y legítimo. Supongo que hubo por parte mía un rechazo de todo lo español (asimilado, instintivamente, a la España franquista), aunque mi madre, que había insistido mucho en la necesidad de que dominara yo el francés, intentara en la intimidad hablarme en castellano.

En Francia, era entonces la época del gobierno antidemocrático de Vichy, colaborador de los nazis. Muchas cosas fueron desagradables para nosotros, a pesar del apoyo familiar. Recuerdo los insultos propinados por algunos compañeros de clase, por ser yo de origen extranjero (o sea por ser diferente por ser otro), por ser, como decían los franquistas y sus amigos de Vichy, un «rojo» y tal vez porque los maestros me apreciaban mucho por haber encabezado la clase rápidamente. Recuerdo también con qué tristeza me dijeron esos maestros, en varias ocasiones, que no podían darme el merecido primer premio porque las autoridades francesas prohibían que pudiera otorgarse a un extranjero, y a mayor abundamiento a un refugiado. Tiempos aquéllos de un nacionalismo exacerbado, compaginado con una devoción oficial por el nazismo, tiempos de acentuada xenofobia, de violento antisemitismo también, de rechazo de la menor alteridad... Yo sentía, íntimamente, esa marginación, vivía la otredad desde dentro, sin verdadera identidad. Acaso por ello y por lo que fue la guerra civil, me interesaría tanto, posteriormente estudiar lo que representaban los conceptos de «alteridad» y de «identidad», los de «marginación» y de «exclusión», así como las actitudes y prácticas sociales que engendraban.

Ésta es la ocasión de expresar mi reconocimiento a la enseñanza pública francesa y a sus meritorios profesores que intentaron siempre facilitar mis adelantos (supe posteriormente que esos maestros, muy mayoritariamente, habían simpatizado con la república española, que rechazaban la ideología difundida por el poder francés y habían participado activamente en la resistencia al nazismo).

Gracias a las gestiones hechas por la familia de mi madre, pude saber lo que había sido de mi padre y se consiguió que, por padecer de serios problemas de salud, pudiera venir a Francia en 1943. Se le internó en el campo de concentración de Bram, no lejos de Carcasona, que estaba ya en poder de los alemanes, pues éstos habían invadido la parte sur de Francia, a pesar del convenio firmado anteriormente con las autoridades francesas. Sin embargo, mi padre consiguió un régimen de semilibertad para que pudiera cuidarse y reunirse con su esposa e hijos pues, a causa de su estado de salud, no podía formar parte de las «Compañías de Trabajadores Extranjeros» que ya habían constituido.

Fuimos entonces a vivir a una casa destartalada de Bram.

Era una época de miseria y sufrimientos de toda clase, en que cundía el hambre, en que había que desconfiar de los vecinos, en que faltaba lo necesario para sobrevivir, empezando por el pan. Logramos salir adelante porque mi padre había aprendido a hacer alpargatas en Argelia. Ayudado por mi madre, pudo fabricar sandalias, sirviéndose de los sacos de cáñamo utilizados en el campo y de las telas viejas que había en las casas del pueblo. Al salir de clase, yo ayudaba a deshilar los sacos. Se trocaban esos productos de la industria cántabra con lo que podían suministrarnos los campesinos, lo que nos permitió capear el temporal.

Al mismo tiempo, mis padres me empujaban a ampliar mis conocimientos, a leer el mayor número posible de libros, diciéndome que el saber era liberador y que la ignorancia en que, antes de la República, se había mantenido a la mayoría de la gente, era la principal causa de la guerra civil, lo peor que podía ocurrirle a un país. Añadían que era necesario aprender a ser tolerante, a admitir las ideas diferentes de las suyas, a contemplar positivamente la diferencia. Durante este período, leí casi todos los libros, de tema muy diverso, de la pequeña biblioteca municipal que se custodiaba en unos armarios de la sala de clase de los alumnos del último curso. Recuerdo también que mi padre me habló del *Quijote*, diciéndome que tendría que leerlo en cuanto pudiera pues era un libro genial y regenerador.

Asimismo, mi padre —que bien conocía el francés— fue h blándome en castellano, expresando asimismo su cariño por patria perdida. Fue desapareciendo mi rechazo de todo lo pañol y empecé a chapurrear este idioma.

Durante esos años, mi padre evocó varias veces los horres causados por esa imposibilidad que habían tenido los e pañoles de admitir sus divergencias, lo que había conducido los trágicos enfrentamientos que nos habían llevado al exilio. Si bien se refirió varias veces al heroísmo de los soldados también habló de los excesos cometidos, del egoísmo de algunos, de la desilusión que esto había provocado en él. Sin embargo, no dejaba de afirmar que siempre había que defender al pueblo, conocerlo desde dentro y ayudarle a progresar gracias a la educación y enseñanza, luchando asimismo contra todos los tipos de injusticia. Creo que de ahí vienen muchos de los planteamientos que serían luego los míos.

A pesar de mis buenas notas en clase, yo no tenía derecho a ninguna beca, por ser extranjero, y cuando ya tuve cerca de once años, no pude emprender estudios secundarios como mis maestros lo preconizaban, dado que había que hacer bastantes gastos, desplazarse a Carcasona, etc., lo que resultaba imposible pues éramos muy pobres. Es que en efecto no existía entonces esa extensa red de colegios e institutos que hay ahora en Francia. Se barajó la posibilidad de que aprendiera un oficio manual y me apetecía bastante el de carpintero.

Pero en esta época llegó el final de la segunda guerra mundial y se creyó que iba a caer el régimen fascista de Franco. Mi padre fue siempre pesimista sobre el particular pues analizaba muy bien la situación, previendo los equilibrios internacionales que las potencias vencedoras querían establecer. Desgraciadamente tuvo razón.

No obstante, fueron cambiando las cosas para nosotros. Una vez más, gracias a la solidaridad familiar, mis padres ingresaron en un banco de Lavelanet, activa ciudad pañera del «departamento» del Ariège, situada al pie del Pirineo francés.

Yo pude gozar de las clases dadas «anturario» pues había uno en nuestros pueblos de este tipo, después de la guerra. Pero no pude adquirir una formación completa por la imposibilidad de presentarse a oposiciones de oposiciones, de banco, etc.

Pude entonces estudiar el español con el fin de adquirir las bases necesarias para perfeccionarme en el manejo del idioma. Al mismo tiempo, volví a interesarme por la historia y a interesarme por su historia y cultura, lo que no hizo sino acentuar mi profunda aversión por el franquismo, las instituciones y la opresión que me habían sufrido.

Como yo seguía encabezando las clases, mis profesores le dieron a mi padre, cuando ya estaba en el último curso, que presentarme a la oposición a la Escuela Normal de Maestros (había una en cada «departamento»), único modo para mí de emprender estudios más largos.

Pero ello no era factible, en aquellos tiempos, si no se te otorgaba la nacionalidad francesa. Mi padre, aunque le costara, hizo el amor paterno por encima del amor propio y se resolvió a pedir dicha nacionalidad para él. Me otorgaron rápidamente merced a su nombre y, como consecuencia de ese cambio esencial, mi nombre cambió a Augustin. Había cobrado yo una nueva identidad.

II. El exilio superado: una doble identidad asumida

Ingresé en la Escuela Normal de Maestros en 1951, y seguí estudiando el español, como lengua extranjera, con las nuevas clases que se daban entonces sobre la literatura y la civilización hispánicas, lo que mucho me gustó.

Fue entonces cuando saqué un *Quijote* de la biblioteca de la Escuela Normal, siguiendo los consejos de mi padre, y lo leí con mucho interés, lo que dejó una huella profunda en mí, punto de partida de mi apego posterior por el texto del genial escritor.

un «Curso completado. Los establecimientos de enseñanza primaria, peritaria corta y daban de empleo de

o lengua extranjera. Me interesaba en el manejo de la lengua para recuperar una conciencia del país en que había nacido y a interesarme por su historia y cultura, lo que no hizo sino acentuar mi profunda aversión por el franquismo, las instituciones y la opresión que me habían sufrido.

Como yo seguía encabezando las clases, mis profesores le dieron a mi padre, cuando ya estaba en el último curso, que presentarme a la oposición a la Escuela Normal de Maestros (había una en cada «departamento»), único modo para mí de emprender estudios más largos. Pero ello no era factible, en aquellos tiempos, si no se te otorgaba la nacionalidad francesa. Mi padre, aunque le costara, hizo el amor paterno por encima del amor propio y se resolvió a pedir dicha nacionalidad para él. Me otorgaron rápidamente merced a su nombre y, como consecuencia de ese cambio esencial, mi nombre cambió a Augustin. Había cobrado yo una nueva identidad.

II. El exilio superado: una doble identidad asumida

Ingresé en la Escuela Normal de Maestros en 1951, y seguí estudiando el español, como lengua extranjera, con las nuevas clases que se daban entonces sobre la literatura y la civilización hispánicas, lo que mucho me gustó.

Fue entonces cuando saqué un *Quijote* de la biblioteca de la Escuela Normal, siguiendo los consejos de mi padre, y lo leí con mucho interés, lo que dejó una huella profunda en mí, punto de partida de mi apego posterior por el texto del genial escritor.

Desde fuera de España, podía descubrir mejor lo que había sido y era el mundo del cual había tenido que huir y comprender la repulsa que el franquismo había provocado.

Después del bachillerato (que yo preparé en la Escuela Normal de Maestros y conseguí en 1954), mis profesores me empujaron a opositar a la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud, situada en las inmediaciones de París, la cual formaba a los catedráticos de Escuela Normal de Maestros y de Instituto. Vacilé entre escoger la vía científica o la de las letras y lenguas. Mi apego ya a la cultura hispana me hizo optar por la segunda vía.

Después de un año de intensa preparación, ingresé en dicha Escuela, en 1955, lo que me permitió emprender estudios universitarios en la Sorbona, no sabiendo al principio si escogería estudios históricos —la Historia me había atraído siempre y me había proporcionado notas excelentes cuando la oposición— o estudios hispánicos. Me pareció mejor optar por estos últimos porque me permitían seguir empapándome muy directamente de cultura española.

Para mí, el descubrimiento de París fue inolvidable. Era época del gran fervor intelectual con Sartre, Simone de Beauvoir, Merleau-Ponty, Aron, etc., pero también con Camú y Aragon... Recuerdo con qué interés seguí los grandes debates de entonces, tanto del punto de vista político y social como literario, a través de la prensa, los coloquios y los debates con los compañeros de la Escuela, que habían adquirido formaciones muy diversas.

En los años 50, había muy pocas cátedras universitarias de estudios hispánicos, concentrándose la mayoría de los estudiantes en unas cuantas universidades del sur de Francia (especialmente en Toulouse y Burdeos) y en París. Las clases a menudo sufrían de una estrechez de miras muy significativa: casi exclusivamente se estudiaba la lengua y la literatura (con una predilección por el Siglo de Oro). Sólo se adquirían unos pocos conocimientos de historia, de historia del arte y de geografía, formándose sobre todo los hispanistas franceses como

... como, conocedores de la lengua y la literatura, y ésta, fundamentalmente de épocas pretéritas. Hay que tener presente, respecto, que el drama de la guerra civil española, prolongado por la segunda guerra mundial, la instauración y la consolidación de la dictadura franquista, el exilio de más de medio millón de republicanos (entre ellos, los intelectuales más brillantes) habían provocado el rechazo de la España oficial, reemplazada por un régimen muy vigente en las aulas universitarias. Sólo se estudiaba de vez en cuando, en las universidades francesas, algunos poemas de los poetas mártires o expatriados (García Lorca, Antonio Machado, Pedro Salinas, Jorge Guillén, etc.). Pero se podían tomar entonces las clases de licenciatura sin que figurara en el programa de literatura ninguna obra de un autor español del siglo XX ni ningún texto de un escritor hispanoamericano, lo que me ocurrió a mí.

En embargo, uno de los catedráticos de estudios hispánicos de la Sorbona, Aristide Rumeau, se interesaba mucho por la historia de España e intentaba estudiar la literatura en relación con un contexto global que facilitara la comprensión y el análisis de los textos, abriendo de tal modo nuevas perspectivas. Aplicaba especialmente tal empeño a las obras de los siglos XVI y XVII. Fue el único catedrático de quien seguí regularmente las clases y la óptica que había adoptado favoreció mis contactos que empecé a tener con la ingente obra de Marcel Bataillon, *Erasmus y España*.

Bataillon era entonces catedrático en el Collège de France, después de haberlo sido en la Sorbona, y la traducción al castellano de su gran libro había salido en 1950, editado por el Fondo de Cultura Económica, en México y Buenos Aires, en circunstancias en que se habían exilado tantos intelectuales republicanos españoles. Era toda la cultura hispana del siglo XVI, con sus profundos intentos de renovación espiritual y de apertura, sus conflictos religiosos y sociales, pero también sus valiosas manifestaciones místicas y literarias, lo que iba analizando con gran rigor e iluminando magistralmente, a raíz de extensas pesquisas en archivos y bibliotecas. Así, delineaba nuevas orientaciones en la percepción de las múltiples manifestacio-

nes religiosas y culturales de ese momento histórico. Paralelamente, descubrí el espléndido libro de Fernand Braudel –también enseñaba en el Collège de France– sobre el Mediterráneo, que, traducido al español, se había publicado por el Fondo de Cultura Económica en Méjico y Buenos Aires, en 1953. El libro esclarecía sobre manera la historia política, económica y social de la época de Felipe II, a la par que las relaciones internacionales de ese período, al utilizar los conceptos de corta y larga duración. Asimismo, por esos años, se había publicado (en 1954) la sugestiva obra de Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, y el libro me atrajo porque presentaba sugestivas aportaciones sobre el siglo XVIII español, poniendo de relieve la importancia de un espíritu reformador ilustrado, influenciado por Francia, pero con características propias.

Verdad es también que en la Escuela Normal Superior había empezado yo a intercambiar ideas con algunos compañeros historiadores que posteriormente alcanzarían cierta notoriedad, entre ellos Michel Vovelle, Daniel Roche, Jacques Thobie, etc.

Estas experiencias, también las hicieron muchos de mis condiscípulos, en particular los que estaban conmigo en la Escuela de Saint-Cloud, interesándose mucho por la historia en relación con lo cultural.

Algo estaba cambiando en la manera de concebir los estudios hispánicos y los proyectos investigadores de los hispanistas.

Para mí más directamente, se establecía en cierto modo un puente entre las ideas reformadoras de los siglos XVI y XVII y las de la España republicana, como bien lo había subrayado Antonio Machado, a poco de publicarse el libro de Bataillon en francés, en 1937. Recuerdo que leí todos estos libros con avidez porque venían a dar de esos períodos históricos una visión muy diferente de la que difundía la España franquista, presentando una especie de desquite para los que habían tenido que expatriarse.

Tiempos cruciales, los de esa década de los años 50-60 que se estaba formando una nueva generación de hispanistas, con miras diferentes de las de sus predecesores, y esos hispanistas asumirían un papel importante en el hispanismo en unos cuantos años después.

Asimismo la época de los grandes debates intelectuales, que el marxismo ejercía un atractivo incuestionable, la épica del nacionalismo de la guerra de Argelia –uno de los últimos avatares trágicos del colonialismo francés–, la cual provocaba una ruptura absoluta entre nosotros, etc.

Que durante esos años cuando reanudé un contacto físico con la tierra que había tenido que abandonar y donde seguía operando el franquismo. Mi primer viaje, muy breve, tuvo lugar en 1955, con destino a Barcelona, porque salí del sur de Francia, de casa de mis padres. Me encontré en una situación muy curiosa, emocionado y receloso, al llegar a Cataluña. En primer tiempo, en el país de mis antepasados, y a pesar de hablar la lengua española, me sentía extranjero, extraño, como consecuencia del extrañamiento, del exilio que había tenido que sufrir. Pero rápidamente volví a interiorizar lo hispánico, cobrando una nueva sensibilidad y asumiendo ahora mi doble identidad. Fui descubriendo la hermosa ciudad condal y experimenté, casi físicamente, la presencia de la policía y el miedo de la censura. No obstante, pude adquirir a escondidas, en las Ramblas, una edición de las poesías de Antonio Machado. También compré, en una librería céntrica, un ejemplar del *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias, publicado en 1611 y reeditado por Martín de Guzmán en 1943, precisamente en Barcelona. Desde entonces, he estado utilizando ese ejemplar del *Tesoro...* y lo tengo a mano en mi despacho.

Mi segundo viaje correspondió a una larga estancia en Madrid, durante el año universitario 1957-1958. En efecto, la Escuela Normal Superior mandaba a España como becarios, durante un año, a sus alumnos hispanistas. Descubrí Madrid, la ciudad donde había nacido, con mucha emoción pues se trataba en cierto modo de una vuelta a mis raíces, al lugar que

podría haber sido el teatro de otro destino. Frecuenté la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Municipal (situada entonces en la plaza de la Villa) porque estaba preparando una tesis sobre los periódicos del trienio liberal de 1820-1823, pero no tuve verdaderos contactos con los estudiantes españoles, aunque sí con unos pocos periodistas pues me interesaba el mundo de la prensa. No obstante, me di cuenta de lo que se presentaba para ellos la censura —forma moderna de aquella de la Inquisición—, esa censura que también había provocado la desaparición de muchos libros de la Biblioteca Nacional porque se los consideraba como peligrosos. Asimismo, en la Hemeroteca, no se podían ver los periódicos republicanos, no ser que uno tuviera una autorización especial, muy difícil de conseguir, sobre todo en mi caso, a causa de mis antecedentes familiares, lo que imposibilitó que pudiera consultar la prensa del período 1936-1939, como lo hubiera deseado.

IV. Mi formación de hispanista investigador: la adquisición de una memoria histórica

Después de varios meses de estancia en España, regresé a París, leí la tesis y preparé la oposición a una cátedra de instituto (la «agrégation»). Después de sacar la cátedra (en 1959) y acabado ya el terrible episodio de la guerra de Argelia, en el que todos estuvimos implicados, vine a ser profesor ayudante en la Sorbona, llamado por Aristide Rumeau, de quien he hablado ya.

Empecé a buscar un tema de tesis de Doctorado de Estado. Se trataba de una de esas tesis que exigían entre diez y quince años de investigaciones y esfuerzos.

Entonces era prácticamente imposible preparar una tesis sobre el siglo XX, y a mayor abundamiento sobre la época de la guerra civil (lo que me hubiera apetecido), pues se consideraba que era una época demasiado reciente. A causa de ello me hubiera gustado trabajar sobre el siglo XVIII, siguiendo las huellas de Sarrailh, como lo hicieron unos cuantos compañeros míos. Me atraían particularmente los proyectos reformados

y la actuación de Cabarrús, el francés que había seguido el proyecto inverso del mío. Sin embargo, un viaje a España convenció de que, a causa de mis antecedentes, no me debía investigar en los archivos del Banco de San Carlos, de lo que desistí de ese proyecto.

Durante esos años, además de mis clases, fui leyendo mucho y formándome como hispanista investigador. Asistí especialmente, como otros colegas míos, a las clases de Bataillon, del Collège de France, y también, aunque no regularmente, a las de Braudel. Me sentí atraído asimismo por los planteamientos de los historiadores franceses de la «Escuela de los Annales» que se interesaban por temas nuevos.

El influjo de Marcel Bataillon, maestro de hispanistas, fue decisivo para mí y decidí trabajar sobre el siglo XVI, más distantes sobre la España de Carlos V. Lo que me atraía en la España que había conocido poco antes el final de la Reconquista, los principios de la unidad nacional (a pesar de existir varios reinos) y el descubrimiento del Nuevo Mundo, es que estaba experimentando una crisis de los valores establecidos, que estaba abriéndose a otras concepciones religiosas y a un activo espíritu reformador, pero que tenía también que enfrentarse con los sublevamientos de las Comunidades y Germanías así como con los problemas planteados por conversos y moriscos, por la conquista de las Indias, etc. Esos tiempos eran además los del Humanismo, de ese Humanismo que deseaba liberar y regenerar al Hombre, darle una auténtica dignidad gracias a la educación, al estudio de las Buenas Letras y a la recuperación de su capacidad reflexiva.

Para mí existían vínculos certeros entre esa época, la del siglo XVIII ilustrado y la de la II República, de manera que, al no poder trabajar sobre estas dos últimas, me era posible, por lo menos, investigar sobre la primera.

En mis lecturas sobre la España carolina, había dado muchas veces con Antonio de Guevara, el célebre obispo de Mondoñedo, tal vez el autor más leído del siglo XVI, tanto dentro como fuera de la Península. Me interesaban mucho el

personaje y su obra, pues cobraban nuevos visos al insertarse profundamente en el momento histórico que les correspondía.

Decidí dedicar mi tesis a este escritor, después de haber consultado con Marcel Bataillon y Aristide Rumeau, viniendo a ser este último mi director. Bataillon, por ser catedrático del Collège de France, no podía dirigir tesis, según lo indicado por los reglamentos de esos años. Con todo, yo bien tenía presente lo que el gran hispanista había indicado en su lección inaugural en el Collège, en 1945:

El gran filólogo es el que posee en ese trabajo de elucidación [de las obras] un conocimiento perfecto de la lengua del texto, de las técnicas de escritura gracias a las cuales se nos transmite, de los usos estilísticos o de las reglas métricas a las cuales se somete, pero asimismo un conocimiento completo de la civilización a la que pertenece dicho texto, desde su religión y su filosofía hasta sus técnicas más humildes, pasando por su vida política y social.

Esta orientación del trayecto investigador fue la que adopté y traté de seguir los pasos del Maestro.

V. De mi hispanismo al hispanismo francés: entre memoria personal y memoria histórica

Lo que intenté hacer fue pues situar al escritor en su circunstancia, volver a restituir el significado que éste había tenido en su época, y echar la mayor luz posible sobre su obra gracias a las aportaciones de la historia familiar, económica, social, cultural, religiosa, política y al conocimiento de las mentalidades. Lo que deseaba era esforzarme por eliminar el anacronismo, por leer los textos como habían podido leerlos los contemporáneos del autor. Así podría entender el impacto que habían tenido sus escritos en los receptores, empezando por el monarca y los que le rodeaban, ya que Menéndez Pidal y sus seguidores habían afirmado que el ideario guevariano había influenciado directamente la política imperial, tema que José Antonio Maravall había reconsiderado. La óptica que

fue pues resueltamente histórica y llevé a cabo amplias búsquedas en archivos y bibliotecas.

El resultado de estos largos años de investigación fue la tesis de Doctorado de Estado sobre *Antonio de Guevara (1480?-1545) y la España de su tiempo* que presenté en la Sorbona, en 1976, ante un tribunal presidido por Marcel Bataillon. La edición de Droz de Ginebra la publicó en francés en 1976 y no llegó a salir en español, en edición de bolsillo, como me lo había sido propuesto, porque yo hubiera tenido que recortar y recortar el texto para que no superara dos volúmenes. Como tampoco me dio ánimo para emprender esa tarea.

En embargo, hay que añadir que este tipo de investigación, que tiene el signo de la Historia, correspondía al deseo que tenía de comprender mejor cómo se había fraguado el destino de España y las consecuencias que esto había tenido en su devenir, hasta llegar a los acontecimientos relacionados con la guerra civil.

Bastantes compañeros míos emprendieron asimismo investigaciones orientadas de una manera semejante, con referencia a la época que me interesaba o a otra.

Esto marca un giro en la manera de concebir los trabajos en hispanismo francés de los años 1960-1970, influenciados o condicionados por el marxismo. Verdad es que la tesis de Noël Salomon, sobre *El tema campesino en la Comedia, en la época de Lope de Vega* (publicada en francés en 1965), y su investigación sobre *El tiempo de Castilla la Nueva a finales del siglo XVI, según las relaciones topográficas*, habían abierto un camino nuevo.

A partir de 1964 y durante tres años fui pensionado del gobierno francés en la Escuela de Altos Estudios Hispánicos de Madrid (la Casa de Velázquez), situada en la Moncloa. Había sido destruida durante la guerra civil y había vuelto a inaugurarse en 1959. Acogía entonces a unos cuantos hispanistas seleccionados que preparaban la tesis de Doctorado de Estado y que venían de campos diferentes (historiadores, geógrafos, economistas, juristas, especialistas de literatura, etc.). Esto creaba las condiciones de un auténtico intercambio y de una verdadera

interdisciplinaria, la cual fue ganando progresivamente el hispanismo francés, mientras se iban estableciendo lazos con los investigadores españoles.

De tal modo, la Casa de Velázquez ha sido —y sigue siendo— un crisol en que se han elaborado o confortado nuevos conceptos, nuevas ópticas, nuevas maneras de concebir la investigación, de lo cual se ha beneficiado el hispanismo francés.

Lo que caracteriza esas orientaciones es la importancia alcanzada por la interdisciplinaria evocada, con un impacto de los trabajos de los historiadores, de los etnoantropólogos y de los sociólogos y la adopción de otras técnicas de análisis de los textos influenciadas por la lingüística, la narratología y la semiótica.

Los años 1970 son muy característicos de esas nuevas modalidades de la investigación en el ámbito de la Casa de Velázquez y de las universidades.

Verdad es que los acontecimientos de 1968, después de bullir de ideas que se barajaron entonces, provocaron una diversificación de los estudios hispánicos, con el desarrollo de la lingüística, de los trabajos sobre la España contemporánea (que ya vinieron a ser posibles) o sobre la América latina del siglo XX. También aparecieron otros métodos de investigación, con influjos del formalismo, después del estructuralismo, o del psicoanálisis, por ejemplo. Sin embargo, las influencias históricas siguieron dominando en el hispanismo francés.

Al regresar a Francia, en 1967, me destinaron a la Universidad de Tours, como encargado de cátedra. Tuve que crear el departamento de español e introduje en seguida una diversificación de las clases en que la civilización y la literatura clásica y contemporánea (incluyendo a Hispanoamérica) se compaginaban con la lingüística y el estudio de la lengua. Este tipo de diversificación que permitía comprender mejor lo que había sido el mundo hispánico hasta el siglo XX inclusive, se introduciría progresivamente en todos los departamentos de español.

Acabo de emplear el término «civilización» que ha provocado muchas puestas en tela de juicio, entre los historiadores. No

...nta de hacer aquí la historia del concepto sino de recordar durante mucho tiempo la célebre revista *Annales* se titulaba *Annales. Économie. Sociétés. Civilisations*, antes de cambiar el título actual *Annales. Histoire. Sciences Sociales*.

Como la palabra «civilización» se sigue empleando entre los hispanistas franceses, hay que ver qué para la mayoría de los términos remite a particularidades relacionadas con la historia social, política, institucional, cultural, etc., pero también con la historia de las mentalidades y de las ideas o con la las representaciones. Se trata pues el conjunto de rasgos que definen una sociedad en un momento determinado.

Para entonces la época en que precisamente la «Escuela de *Annales*» desarrollaba el concepto de mentalidad —el pionero fue Philippe Ariès—, orientándolo hacia el estudio de los cambios y asimismo hacia el estudio de las representaciones correspondientes, con trabajos como los de Mandrou, Samaran, Duby, Le Goff, etc. El influjo de esos trabajos en el hispanismo francés fue importante.

En relación con el «Centro del Renacimiento» de la Universidad de Tours —conocido internacionalmente—, no dejé de estudiar la época del Humanismo, como lo demuestra el volumen sobre *El humanismo en las tradiciones españolas* cuyos trabajos coordiné, volumen que salió en 1979. Asimismo reuní un pequeño grupo de colaboradores hispanistas para trabajar sobre la España de los siglos XVI y XVII. Establecimos nuevos lazos con los colegas especialistas de francés y de inglés que investigaban sobre la misma época y creamos en Tours un grupo interdisciplinar de investigación científica de representación en los siglos XVI y XVII. Este tipo de diversificación fue por ejemplo el libro publicado en 1979 sobre *La imagen del mundo al través y sus representaciones literarias y pictóricas en los siglos XVI y XVII*.

Del mismo modo, el XII Congreso de la «Sociedad de Hispanistas Franceses de Enseñanza Superior» (SHF), que se verificó en Tours en 1977, tuvo como tema *Las mentalidades*

en la península ibérica y en la América latina, en los siglos XVI y XVII. En él intervinieron unos cuantos hispanistas que se interesaban por esta orientación, entre ellos Bartolomé Bennassar, Bernard Vincent, Jean Vilar, Alain Milhou, etc., e incluso algunos eran historiadores «del gremio» y otros no.

A este propósito, es indispensable insistir sobre dos puntos.

En primer lugar, hay que subrayar que los congresos de la SHF, que eran anuales y en los cuales, sobre un tema determinado de antemano, intervenían hispanistas muy diversos tanto presentando ponencias como participando en los seminarios, han dado la posibilidad de cruzar las miradas, de intercambiar resultados científicos, de puntualizar métodos, e incluso de alcanzar adelantos incuestionables de la investigación hispanística.

En segundo lugar, es necesario decir también que fue en el Congreso de Tours, poco después de la caída del franquismo cuando el hispanismo francés pudo por fin reanudar oficialmente relaciones con España, estando presente en dicho Congreso —por primera vez desde que se creara nuestra Asociación— un representante oficial de la Embajada. Se trataba de Gonzalo Puento Ojea, dinámico Ministro encargado de Asuntos Culturales, quien, poco después, ocuparía puestos importantes, primero como Secretario de Estado y luego como Embajador. Bien se comprenderá cuán felices fuimos, y yo especialmente, pues viví intensamente ese momento de reconciliación.

Mi padre, que falleció poco después, en ese mismo año 1977, había tenido, no obstante, la gran alegría de asistir a la desaparición del franquismo y el gozo de volver a Madrid con mi madre, si bien ni siquiera se plantearon la posibilidad de regresar definitivamente a España, pues esa España era muy diferente de la suya, y en ella, ya se sentían extraños.

Por esos años, una parte del hispanismo francés empezó a interesarse por la llamada «cultura popular» y por las relaciones que ésta tenía con la «cultura erudita», objeto entonces de un amplio debate en áreas no hispánicas.

Bien los hispanistas franceses habíamos trabajado sobre la cultura de las élites, muy pocos de nosotros, por lo que hablando de Oro, habíamos investigado sobre la del «pueblo», y en particular a los sectores más humildes de la población, o sea a los trabajadores manuales tanto del campo como de la ciudad, a pesar de las diferencias existentes entre los ámbitos. Estos temas nos interesaron muchísimo, y por lo que a mí hace, tal vez porque recordaba lo que me había dicho mi padre, desde su exilio, unos treinta años antes.

Bien nos dábamos cuenta de la dificultad de la empresa con el concepto de «pueblo» es escurridizo y además bien sabemos que lo que domina es el mestizaje cultural entre los diversos grupos, cimienta de la comunidad. Por otra parte, las tradiciones culturales populares remiten fundamentalmente a la oralidad, a pesar de los progresos de la alfabetización en los siglos XVI y XVII. No obstante, estábamos persuadidos de que existía un grupo que no fuera capaz de emitir mensajes culturales, ya que la noción de «cultura» implica un proceso simbólico creador, el cual depende de discursos y prácticas vinculadas a la estructura social.

Lo difícil era llegar a captar esos mensajes transmitidos sobre todo de manera oral. De ahí que hayan variado los soportes y hayamos tomado en cuenta por ejemplo las «relaciones topográficas», los cuentos o los romances cantados por los ciegos. Esto ha permitido idear varios trabajos individuales o colectivos sobre el cuento, la leyenda, las canciones y refranes, las fiestas (en particular las de Carnaval) y la sociabilidad festiva o también sobre las diversas formas de religiosidad. Son trabajos que se apoyan en la tradición «folklórica» —viendo en lo folklórico no una tipología fosilizada sino un campo abierto en que las reelaboraciones aparecen con alguna frecuencia—, en los cuales los planteamientos adoptados son de enfoque etnoantropológico.

Ésta es otra de las características de varios sectores del hispanismo, atraídos por el discurso histórico en relación con las relaciones sociales y en particular con la antropología, como lo ilustra, por esos años, la «Escuela de los Anales».

Yo recuerdo que en esa época tuve contactos con Clau Gaignebet y Daniel Fabre en Francia, y en España, con antropólogos de formación diferente como Julio Caro Baroja, Carmelo Lisón Tolosana y Luis Díaz Viana (a quien conocí en Berkeley, cuando yo estaba de profesor visitante en la Universidad de California). Posteriormente, también conocí a William Christian.

Paralelamente, nuestro equipo de hispanistas se interesó por las instituciones y mecanismos que habían conducido a rechazar la alteridad, a apartar las formas culturales unidas a las de las universidades diferentes de las de los grupos dominantes y a segregarse los grupos dominados minoritarios, marginados y excluidos. De ahí nuestros estudios sobre el universo inquisitorial, que para mí en particular evocaba el de la censura franquista y también mis trabajos sobre el luteranismo y las diversas manifestaciones heterodoxas en tierras hispánicas. Verdaderamente que sobre este tema estaba trabajando un grupo de historiadores franceses, encabezados por Bartolomé Bennassar, al que también hacía Ricardo García Cárcel en España.

Por otra parte, el gran debate con vistas reformadoras, sobre el pauperismo y mendicidad (otro aspecto de la alteridad y marginación), debate que había recorrido la Europa del siglo XVI, y especialmente la península ibérica, cobraba una nueva actualidad con una serie de trabajos de historiadores galos como Jean-Pierre Gutton y Michel Mollat, a los cuales se añadía Bronislaw Geremek poco después. De ahí han surgido varias investigaciones de nuestro grupo, paralelas a las que había emprendido Michel Cavillac.

Del mismo modo, los trabajos de Julio Caro Baroja, Louis Cardaillac, Bernard Vincent y Antonio Domínguez Ortiz nos empujaron a estudiar las características de otro grupo minoritario y segregado, el de los moriscos, por el cual me había interesado yo también en mi tesis de Doctorado de Estado.

Por fin, el gran libro de Michel Foucault sobre la locura, publicado en 1972, nos espoleó a reconsiderar lo que el loco, ese marginado, había representado, en relación con los diversos

en que desempeñaba un papel fundamental, como el Este es el origen del volumen que dimos a las prensas en colaboración con los italianistas, cuando yo estaba ya en Tours, en 1980, sobre *Los rostros de la locura*.

El efecto fue en estos años, exactamente en 1978, cuando me trasladé a la cátedra de «Civilización y literatura españolas del Siglo XVI», en la Universidad de la Sorbonne Nouvelle (París III), una de las universidades parisiñas que habían salido de la disolución de la antigua Sorbona.

En Tours había un auditorio mucho más amplio que en Tours, con un número de colaboradores más importante y con bastantes tesis que hacer, me pareció necesario crear sin tardanza un centro de investigaciones sobre la época que era objeto de mis intereses científicos. Ello ocurrió en 1980 y se denominó dicho centro «Centre de Recherche sur l'Espagne des XVI^e et XVII^e siècles» (=CRES; Centro de Investigaciones sobre la España de los siglos XVI y XVII), centrándose nuestros trabajos, como en Tours, en el campo de las mentalidades, de los comportamientos y de los sistemas de representación durante la época de la Casa de Austria.

Este centro, que integró al cabo de unos años unos cincuenta investigadores de varias universidades, fue uno de los primeros que se crearon en Francia sobre el Siglo de Oro. Posteriormente aparecerían otros en otras universidades.

En el Seminario correspondiente, que se reunía regularmente con tanto profesores de alto nivel, avezados en el trabajo científico, como jóvenes doctorandos pudieron exponer y discutir el resultado de sus estudios, confrontar sus puntos de vista y sus métodos, con una óptica interdisciplinar. De los planes de investigación adoptados, se nutrieron las tesis que dirigía yo. De este modo, los trabajos individuales y los trabajos colectivos estaban profundamente imbricados.

Se idearon y se llevaron a cabo varios proyectos científicos que giraban alrededor de los diversos comportamientos y tipos de cultura. Empezamos por un tema que a mí mucho me atañía porque evocaba la imagen de una España negativa, homotética de la que me había arrojado al exilio: se trataba del tema de la

exclusión bajo sus diversos aspectos (religiosos sociales y económicos) con las representaciones míticas y literarias que implican

Nos pareció útil acabar cada plan de investigación por un coloquio internacional en que participaran no sólo varios miembros del Centro sino también otros especialistas franceses y extranjeros, sobre todos españoles, venidos de sectores diferentes: historiadores «del gremio», antropólogos, profesores de literatura, etc. De estos fructíferos coloquios, que permitieron múltiples intercambios, y de los planes de investigación correspondientes han salido unos veinte volúmenes en los veinte años que dirige el CRES, los cuales gozaron de extensa difusión en el mundo del Hispanismo. Han versado sobre la exclusión, los amores, los parentescos, el cuerpo, el bandolerismo, el miedo, la mujer, las relaciones entre hombres y mujeres, el niño y su formación, etc. El CNRS («Centro Nacional de Investigaciones Científicas») bien valoró nuestra producción científica pues nos asoció a su actividad investigadora a lo largo de este período.

Emprendimos asimismo una serie de trabajos relacionados con un tema que para mí, unido a la experiencia del exilio, tenía amplias resonancias: el de los vínculos entre el escrito y el poder, lo que ocasionó la publicación de varios volúmenes.

Con esta ocasión, empezamos a estrechar relaciones científicas con varias universidades españolas (Madrid, Salamanca, Sevilla, Zaragoza, etc.) y extranjeras, italianas en particular (Florencia, Nápoles, Pisa, etc.), todo ello facilitado por el sistema de las becas Erasmus.

Este tipo de estudio remitía también a los periódicos, que siempre me habían interesado. En este caso, se trataba de la forma primitiva de la prensa, de los pliegos sueltos que encerraban «relaciones de sucesos», sobre las cuales voy a volver.

Antes quisiera evocar los esfuerzos que emprendí en mi propia Universidad para desarrollar una auténtica interdisciplinariedad entre los diversos equipos de hispanistas, reuniéndolos y promoviendo trabajos comunes vinculados al espacio ibérico e iberoamericano. Los temas barajados iban unidos a diversas orientaciones de los estudios de nuestro Centro y de

colaboración han salido varios libros sobre los grupos dominantes, los grupos dominados, las mediaciones culturales, las representaciones del Otro, las identidades culturales, etc.

Asimismo, pudimos constituir un grupo de investigación de hispanistas, italianistas y especialistas de francés alrededor de la modernidad en los siglos XV-XVII. De tal modo, publicamos unos cuantos volúmenes sobre el poder monárquico, la profecía como arma de guerra de los poderes, la imagen del europeo, los problemas interculturales en Europa, etc.

Pero, para volver a las «relaciones de sucesos», no hay que perder de vista que los pliegos correspondientes han alcanzado una amplia difusión en todos los sectores de la población (incluso yendo a los analfabetos), sea por lectura directa, sea por oración, especialmente porque los ciegos salmodiaban esos textos, sobre todo después de los años 1570. En efecto, a partir de esos años, dichos textos fueron escritos mayoritariamente en verso de romance, el más prosódico, pero el que permite la mejor memorización. Han propagado noticias reales o inventadas vinculadas a los acontecimientos políticos y bélicos, a las manifestaciones religiosas, etc., ocurridas dentro y fuera de España y asimismo novedades sensacionalistas, casos más o menos trágicos unidos a la violencia, a la sexualidad, etc., como hoy en día lo hacen ciertos sectores de la prensa.

Estas relaciones de sucesos que remiten a una tradición de oralidad con afloración de elementos folklóricos y hunden sus raíces en la historia viva, inmediata, constituyen por muchos de sus aspectos una «literatura de masas». Revelan las obsesiones y las preocupaciones de la gran mayoría de la población, cuyas mentalidades se hallan influenciadas por la ideología dominante, la de la España de la Contrarreforma. Sin embargo, de vez en cuando, por los resquebrajos de ese sistema controlado directa o indirectamente por las Autoridades, también aparecen algunas voces discordantes, que representan de manera fugaz lo que podríamos llamar la expresión de un «contrapoder». Al mismo tiempo, no dejan de ser literatura y manifiestan, en más de una ocasión, una auténtica capacidad creadora del autor.

El interés por la utilización científica de estos textos –que había subrayado Julio Caro Baroja– me espoleó a publicar una nutrida serie de trabajos sobre ellos, lo que se refleja en dos partes del volumen que, a raíz de recibir en 2006 el Premio Internacional Antonio de Nebrija, atribuido por la Universidad de Salamanca, entregué a las Ediciones de dicha Universidad, salió en 2007 bajo el título *Revisitando las culturas del Siglo Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*. Asimismo, este interés me empujó a asociarme con otros tres estudiosos de esta documentación, el inglés Henry Ettinghausen (de la Universidad de Birmingham) y las pañolas María Cruz García de Enterría (de la Universidad Alcalá de Henares) y Sagrario López Poza (de la Universidad La Coruña) para planear la creación de la «Sociedad Internacional para el Estudio de las Relaciones de Sucesos» (SIERS), la cual integra a investigadores de diversos países, cada día más numerosos, especialmente en Francia y en España. Esta asociación ha organizado varios encuentros internacionales a partir de 1995 y ha publicado varios volúmenes.

Por fin, es necesario que evoque otra actividad investigadora personal, pero también unida al exilio, que está relacionada con el redescubrimiento que hice del *Quijote*, libro que tanto me había impresionado en mis años mozos.

En efecto, poco después de acabar mi tesis de Doctorado de Estado, empecé a releer el *Quijote*, que vino a ser mi libro de cabecera. Tal vez, en un principio, me hallaba influenciado por lo que había escrito Antonio Machado al valorar en *Juan de Mairena* los elementos populares del texto cervantino hasta al verlo posteriormente, en 1937-38, entremezclando literatura, vida e historia, como una especie de metonimia de una España en lucha por su libertad y emancipación frente a las fuerzas del fascismo.

En la misma línea, con influjos postrománticos, también me conmovería mucho lo que escribió Eulalio Ferrer, el creador del Museo iconográfico del *Quijote* en la mejicana ciudad de Guanajuato, en su libro *Entre alambradas*, publicado en 1988. En este texto, evoca el autor sus primeros meses de exilio en

en 1939, después de la caída de la República. Tuvo que encierro en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer el joven que él era entonces sólo logró vencer al desafío de las clases a la lectura del *Quijote*. El libro lo había adquirido en Port-Vendres, cambiándolo a un compañero por una caja de cigarrillos que llevaba. He aquí lo que dice:

«He encontrado un refugio en el *Quijote*. He pegado las hojas desprendidas de este libro que no dejo a nadie. Me disculpo por el egoísmo, pero es una lectura a la que vuelvo una y otra vez. Es un personaje con el que convivo; me parece actual. Sobre el estilo del libro, más allá de sus figuras pintorescas, flotan sus ideas de hoy, influenciadas por los hechos que vivimos, por los tipos que nos rodean. No sólo leo a don Quijote, lo veo. Me parece un ser vivo, carne y hueso. En cada rostro que contemplo, en cada gesto que observo hay partes de él. La fuerza descriptiva penetra en el ambiente y lo vuelve quijotesco. No estamos en el siglo XVIII, estamos en el siglo XX. Es un libro que se adapta al tiempo que corre con el tiempo. *Don Quijote* puede retratar una época, pero la trasciende y cobra vida en cada época. El tiempo es un multiplicador de sus resonancias».

Esta experiencia vital bien pone de relieve hasta qué punto el *Quijote* puede dialogar con nosotros, en los cánones de nuestra cultura, cualquiera que sea el momento histórico de la lectura.

Creo que es lo que me incitó a penetrar profundamente en el libro con una óptica diferente de las habituales, adoptando un enfoque interdisciplinar o transversal si se quiere.

Es que el ingente texto cervantino aparece como una singular simbiosis. En él se vierten y reelaboran tradiciones múltiples, orales y escritas, eruditas y populares, pero asimismo las preocupaciones de un momento histórico característico, el de la España en crisis de finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, en busca de identidad, como el propio hidalgo, lo que para mí no podía sino adquirir una profunda resonancia vital.

Al mismo tiempo, el *Quijote* es un libro liberador, que utiliza la risa como elemento fundamental y que, para alcanzar su propósito, emplea sin cesar la parodia, lo que, más allá, facilita una

profunda reflexión. Del mismo modo, en él se anula el poder de las Autoridades y se invierten los códigos narrativos que dote al lector una suprema autonomía. La compenetración entre la literatura y la vida que hay en el texto, entre la poética historia y la historia a secas es llevada por Cervantes al punto cumbre. El *Quijote* encierra pues una reflexión crítica sobre la producción de otro tipo de narración. Se trata de una verdadera ruptura con lo que le precedía. La invención cervantina abre así vías nuevas a la creación narrativa. Es entonces cuando nace la llamada «novela moderna».

Tal vez represente el volumen que publiqué en Castalia, en 1997 (y se ha reeditado dos veces más), la mejor expresión de mi hermanamiento con esa otra España que ha surgido después de la caída del franquismo. Esa «otredad» es también la que se refleja en el título y en el subtítulo del libro al cual me refiero: *Otra manera de leer el «Quijote». Historia, tradiciones culturales y literatura.*

Para acabar, es necesario añadir que la «Asociación Internacional de Hispanistas», que presidía yo entonces, organizó en Madrid, en julio de 1998, su XIII Congreso, presenciando los Reyes la sesión inaugural, lo que dio amplia resonancia al acontecimiento en los medios de comunicación, y especialmente en la prensa. Hubo unos mil participantes, y entre los hispanistas venidos del mundo entero, bastantes estaban unidos, de un modo u otro, a los diversos exilios y en particular al de 1939. En el discurso de apertura, el soberano manifestó su gratitud por el importante trabajo del hispanismo en pro de la lengua española y de las culturas hispánicas e hispanoamericanas. Un periódico indicó entonces que ese Congreso representaba la reconciliación de los hispanistas, suturando definitivamente las heridas abiertas por la guerra civil. Es de esperar que así sea...

Nota: Como he redactado fundamentalmente este trabajo a partir de recuerdos personales y también de reflexiones propias, no añado ninguna bibliografía (que resultaría muy incompleta), si bien en el texto aparecen algunos elementos bibliográficos.

ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA EXPERIENCIAS Y REFLEXIONES SOBRE EL QUIJOTE

Jean-Louis Guereña
(CIREMIA, Université François